

LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO

X

(La manzana de Adán)

La maquinilla de afeitar, con movimientos cortos y rápidos de muñeca, va apurando limpiamente los últimos restos de espuma. Con el dedo pulgar de la otra mano mantiene levantada la barbilla dejando la piel del cuello estirada, tensa como una cama elástica. En una de las barridas finales, bordeando peligrosamente la protuberancia de la nuez, ras, ras, ras, ras, -ansia irrefrenable de rebañar hasta la última pizca de blanco-, se lleva por delante un grano que le había pasado desapercibido. El dolor, bien lo sabe, es breve pero intenso. Sin mover la cabeza traga saliva pugnando por no emitir el más pequeño sonido (no soportaría que su mujer lo pillase en ese momento de debilidad). La nuez se eleva, grácil, unos milímetros para volver al segundo a su posición natural. Espera un poco más frente al espejo. Por fin una lágrima de sangre comienza a brotar tímidamente por el corte,

y luego otra,

y otra,

y otra.

Al rato un reguero rojo se divide en meandros a la altura de su pecho. Siente cómo avanza por la piel de su estómago sin mover un dedo para evitarlo.

-Sería tan fácil –se dice en silencio. Los ojos clavados en los ojos del espejo.

-Mmm –responde acto seguido a una pregunta de su mujer que no ha entendido.

-Tan fácil.

. . .

IX

(Musarañas)

Con un ademán que quiere ser desdeñoso se aparta las greñas que le cuelgan sobre el vaso de café negro recién servido. ¿No había dicho que hacía él el café? Le fastidia que ni siquiera sea capaz de cumplir las promesas más insignificantes.

En el otro extremo de la mesa, con la taza al borde de los labios, él mira a un rincón del techo de la cocina y tararea entre dientes una vieja canción de verano:

*Bailemos el bimbó, bimbó, que está causando seeensación,
con esa melodííta queee te vaaa dereeecha al coorazón ...*

-Era un buen hacedor de canciones el... ¿cómo se llama?

-Georgie Dann –ella no comprende qué carajo mira en el techo sin pestañear.

-El Georgie Dann ese. Se hizo de oro con estas rimas tontas. Ya quisieran otros para sí su talento musical.

Recorre los dientes superiores con la punta de la lengua. Luego emite un chasquido que retumba en la formica color vainilla.

Ella se levanta, se coloca el mechón por fin detrás de la oreja, y deja el vaso en el fregadero. Lo llena a medias de agua abriendo el grifo un segundo. Se da media vuelta y, sin poder resistirlo más, mira hacia la esquina del techo a la que no le quita ojo su marido. Allí descubre una telaraña del tamaño de una mano extendida, con su araña de abdomen negro enfrascada en su inestimable labor.

. . .

VIII

(Momentos musicales)

El velocímetro del automóvil de la empresa en el que circula por esta carretera secundaria indica que se desplaza a una velocidad de traslación de 169 kilómetros por hora.

Con la mano derecha tamborilea sobre el volante al ritmo de la música que sale a toda potencia del magnetófono; el brazo izquierdo está apoyado sobre la ventanilla abierta sin moverse un ápice. La enorme fuerza del viento parece no poder afectarle.

Después de apenas un segundo de silencio y con los primeros compases de la nueva tonada, a este conductor avezado se le escapa una sonrisa que viene a ser la expresión de una inesperada coincidencia: la canción que ahora suena la tarareó él esta mañana sentado a la mesa del desayuno; él, que nunca tararea.

Otro segundo más y el coche frena súbitamente dejando una larga estela de caucho quemado sobre el asfalto.

-¡Qué cojones! Eso mismo digo yo, bailemos el bimbó –se dice en voz alta cuando el vehículo se ha detenido del todo en mitad de la carretera desierta.

A unos veinte metros a su derecha, entrando por un camino de tierra, se alza un cartel luminoso que reza: CLUB SIRENAS.

. . .

VII

(Mariposas)

Con la mano puesta sobre la tapa de la máquina fotocopidora espera distraídamente a que acabe de vomitar las cuarenta copias de la última circular que le ha encargado su jefe: treinta y ocho, treinta y siete, treinta y seis...

...teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto y en vista –a las pruebas me remito- de la ola de indolencia y laxitud que parece estar adueñándose de esta empresa... bla, bla, bla; bla, bla, bla.

Por detrás y a hurtadillas se le ha acercado Juanjo, su compañero de oficina, y ha querido darle un susto -¡buh!- pellizcándola cariñosamente a ambos lados de la cintura. Ella se ha dado la vuelta con un “gilipollas” en la boca y lo ha mirado con la peor de sus miradas.

Cuando Juanjo desaparece murmurando alguna disculpa del tipo “hay que ver qué carácter tienes”, ella, muy a su pesar, siente una mariposa en alguna parte secreta de su estómago.

...cuatro, tres, dos, uno, cero.

.

VI

(Aseo íntimo)

Mientras que Jasmina se lava escrupulosamente a horcajadas sobre el bidé instalado en una esquina del cuartucho, él, desnudo de cintura para arriba frente a la ventana y con un cigarro entre los dedos, deja que su mirada se pierda en la llanura infinita, baldía.

Al rato, con una repentina sensación de náusea, se pone la camisa y se la mete por dentro del pantalón. Busca en el bolsillo el bulto inflado de la cartera.

-Gracias por el servicio, de verdad.

-A mí con que me pagues me basta y me sobra.

-¿Dónde te lo dejo?

-Ahí, sobre la mesilla.

El cliente sale de la habitación cerrando suavemente la puerta tras de sí.

La prostituta Jasmina, enfrascada todo el tiempo en su aseo íntimo, no mira una sola vez para despedirse: el hastío de sus ojos es sólo para ella.

.

V

(Corazón pájaro)

Ya de vuelta a casa –una jornada más tirada por la borda- pasa por delante del “Gregorio Samsa” con un escalofrío que le hace acelerar el paso ridículamente. A la vuelta de la esquina se da de bruces con un mimo vestido de presidiario. Desmañada, ruborizada como un niño se disculpa como puede y se dispone a seguir su camino. El mimo rayado de blanco y negro la retiene con un gesto cariñoso, se arranca el corazón del pecho y se lo ofrece a la chica vivo, palpitante como un pájaro, en el nido improvisado de sus manos. Ella lo coge y, con todo el cuidado del que es capaz, lo acerca hasta el hueco de su pecho cercenado.

Luego se aleja entre el gentío; los ojos, por fin, arrasados en lágrimas.

. . .

IV

(Promociones televisivas)

Ella, sentada en un extremo del sofá con las rodillas juntas y un plato de espaguetis con tomate sobre la palma de la mano.

Él, un poco más atrás y hacia la izquierda, acodado sobre la mesa ovalada, fingiendo que revisa un manojito de facturas color sepia.

En la pantalla resplandeciente del televisor –único y triste vínculo de sus miradas, ahora sí, ahora no- una pareja de cuerpos perfectos se revuelca sobre la arena tostada de alguna playa en promoción.

¿Palabras? Ni una sola. Sólo el clamor de sus silencios.

. . .

III

(El silencio de las cosas)

-Bien mirado, va a ser lo mejor para los dos.

Pero ninguno supo continuar con la ilación. Miraron, sí, a su alrededor y vieron que el gato de porcelana sobre el mueble bar se quedaba mudo, que el cenicero con su prole de colillas perdía el habla, y así, también se fueron sumiendo en un mutismo estremecedor la lámpara de pie, el pañito de la bisabuela, el picaporte de la puerta, el paragüero y sus paraguas...

. . .

II

(La Respuesta)

A la luz tenue de la lámpara de acetileno y todavía sorprendido por lo inesperado de aquella visita, el anciano del turbante azul respondió a su pregunta diciendo: “Os fue dada la semilla del árbol supremo, pero vosotros la cambiasteis por una felicidad terrestre: no habéis sido sabios”.

. . .

I

(Uno)

Y cada uno tomó su camino, sin atreverse a mirar atrás por miedo a convertirse en grotesca estatua de sal.

. . .